

¿Qué habian hecho entretanto la armada de los turcos y la de los confederados? Piali habia andado cruzando con las galeras del imperio las aguas de Rodas; y el virey de Argel Uluch-Ali, ó segun otros le nombran, Aluch-Aali, habia acudido con sus naves y sus corsarios, y logrado incorporarse á la armada turca despues de haber apresado cuatro galeras de Malta. En cuanto á la armada de los cristianos, las flotas de España y de Roma no se reunieron hasta el 31 de agosto á la de Venecia, que habia recorrido el Archipiélago, las Cieladas y Candía, procurándose refuerzos de hombres y de vituallas y tambien saqueando y cometiendo desmanes. En esa tardanza habia caído alguna mas culpa al general pontificio Marco Antonio Colonna que al almirante español de Sicilia Juan Andrea Doria, pues al cabo éste habia tenido necesidad de dejar provista la Goleta y asegurada la costa de Africa. Reunidas al fin, con gran contento de los venecianos, las tres escuadras en el puerto de la Su-

*Del Gobierno de Venecia* (en latin):—Daru, francés; *Histoire de la republique de Venise*:—Graziani, toscano, *De Bello Cyprio*:—Caraccioli: *I Comentarj delle guerre etc.*:—Hadschi-Chalfa, *Historia de las guerras maritimas de los otomanos*:—Hammer, alemán, *Historia del imperio Otomano*, traduccion de Dochez, y los documentos de los archivos imperiales y reales, citados por este:—Brantôme, francés, *Vida de Juan Andrea Doria*:—Vander Hammen, español, *Historia de don Juan de Austria*:—Herrera, español, *Guer-ra de Cipre y batalla naval de Lepanto*:—Torres y Aguilera, español, *Chronica y recopilacion de varios sucesos, etc.*:—Cabrera, español, *Historia de Felipe II*:—Ossorio, español, *Joannis Austriaci Vita*, Manuscrito de la Biblioteca Nacional:—Coleccion de documentos inéditos:—Manuscritos de la Biblioteca Nacional, de la del Escorial, de la del duque de Osuna, y del Archivo general de Simancas.

da, celebróse consejo de generales y capitanes (1.º de setiembre) para deliberar á qué punto convendria mas se dirigiese toda la armada. Opinaban unos que á libertar á Nicosia; otros proponian acometer alguna de las posesiones otomanas como el mejor medio para distraer á los invasores de Chipre.

Para Andrea Doria, que habia heredado la prudencia y el valor, asi como la pericia en las cosas de mar del príncipe su tío, sin oponerse al dictámen de encaminarse á Chipre como la resolucion mas digna, espuso que seria bien, antes de acometer una empresa arriesgada, reconocer el número, estado, condicion y calidad de las fuerzas y bageles con que contaban para ello, y ver si estaban todos tan bien acondicionados como los que el rey don Felipe habia puesto á su cargo. Sobradamente penetraron los venecianos á dónde iba dirigida la observacion de Doria, mas no pudiendo negarse á hacer la muestra y reconocimiento que deseaba, por mas que anduvieron remisos, accedieron al fin á que se verificase, y se halló lo que Doria temia con razon, ó sabia ya acaso, no pudiendo menos de manifestar su admiracion de que con naves tan mal aparejadas y tan pobremente dotadas de chusma y de soldados, se hubiera atrevido la república á acometer una empresa de tal magnitud y de tanto peligro. Remedióse el mal en la parte que entonces era posible, y puestas por fin en orden de marcha las tres escuadras (17 de setiembre), navega-



ron al canal de Rodas, y cuando los vientos las habían obligado á guarecerse al abrigo de Puerto Vati y Calamati, llególes la infausta nueva de la pérdida de Nicosia, con todos los horrores que los turcos habían ejecutado en muros, casas, defensores y habitantes <sup>(1)</sup>.

Por mas que los venecianos procuráran disimular el sentimiento de una catástrofe que exclusivamente se habia debido á la negligencia de la señoría y á la ineptitud de los gefes encargados de la defensa de la ciudad que acababan de perder, el genovés Doria, que ni se alucinaba ni gustaba de que se dejaran alucinar de apariencias, provocó otro consejo general (23 de setiembre) para sondear la opinion de cada uno respecto á la resolucion que en caso tan grave se

(1) Hé aqui el orden de marcha que llevaba, y la fuerza naval que constituia la armada cristiana de la expedicion de Chipre.

Marcos Querini, veneciano, iba de vanguardia con doce galeras.

Maico Antonio Colonna, general de Su Santidad, con otras doce.

Juan Andrea Doria, capitán general de S. M. C., con diez y seis.

Don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz y virey de Nápoles, español, con diez y nueve.

Don Juan de Cardona, virey de Sicilia, español, con diez.

Gerónimo Zanne, general de los venecianos, con treinta.

Sforza Pallavicino, veneciano, capitán general de tierra, con veinte y cinco.

Jacobo Celsi, proveedor de la armada veneciana, con veinte.

Antonio Canale, id., con diez y nueve.

Santos Trono, veneciano, en la retaguardia, con diez y seis.

Francisco Duodo, id., con doce.

Pedro Trono, id., con catorce naves y galeoncillos.

Total de bageles venecianos. . . . . 448

De España. . . . . 45

De Su Santidad. . . . . 42

Total general de buques. 205

En esta relacion no se cuentan los barcos de transporte. El número de la gente de guerra no pasaba de quince mil hombres: de ellos mas de ocho mil eran venecianos: Doria llevaba tres mil españoles y dos mil italianos; los del pontífice no eran mas de cuatro mil. Hay que añadir los nobles y aventureros que iban voluntariamente.

debería adoptar. Proponian unos dirigirse á Negroponto, otros á la Morea, y en discursos y pareceres diversos se consumió el tiempo sin poder venir á conformidad, y se disolvió la junta sin resolverse nada. Disgustado el general de la armada española con tales disidencias y tal desorden, y alegando no haberse comprometido á permanecer en aquellos mares sino por término de un mes, y tener que atender á las costas de Sicilia de donde le separaba tan gran distancia, anunció su determinacion de retirarse, y fueron menester todos los esfuerzos de los generales de Venecia y del pontífice para que accediera á quedarse hasta terminado el setiembre. Mas como luego el general pontificio se atreviera á preguntarle con cierta presuncion y arrogancia propia de su carácter, si mandándosele él se quedaría, Doria le contestó con entereza, que para ser obedecido necesitaba darle testimonio de la autoridad con que procedia. De unas en otras palabras se fueron acalorando Colonna, Doria y César Dávalos, en términos que el asunto hubiera podido pasar muy adelante sin la prudencia de Juan Andrea que se retiró é hizo retirar á Dávalos. ¡Tan poca concordia reinaba entre los gefes de la confederacion!

No tardó, pues, en verificarse la separacion; mas no ya por culpa de Doria, aunque es verdad que la apetecia, sino de los mismos Colonna y Zanne, generales del papa y de la república, que sin co-



municárselo á Doria se alejaron del puerto Tristano con sus armadas dejándole solo con su flota. Entonces él, considerándose libre, bien que no sin pedir todavía la venia á los otros dos generales, tomó la vuelta de Sicilia (5 de octubre, 1570), donde arribó sin detrimento de su gente ni menoscabo de sus naves. De esta retirada, de que quisieron los generales de Venecia y Roma hacerle un cargo, así como de su conducta en la expedición, se justificó el almirante genovés ante el pontífice y ante todo el mundo <sup>(1)</sup>.

Con la pérdida de Nicosia, y con la desmembración de la armada de España, ni la isla se hallaba en disposición de oponer una gran resistencia á los turcos, ni las escuadras del papa y de Venecia en la de emprender operación alguna importante contra el poder naval de los otomanos. Así es que varias poblaciones de la isla se fueron rindiendo, y si Piali no dió caza á las dos escuadras de Italia fué porque los vientos le obligaron á retroceder cuando marchaba á Candía, y viendo frustrado su designio y la cruda estación del invierno encima, mudó de propósito y se fué á invernar á Constantinopla. Zanne se trasladó á Corfú, y Colonna dió la vuelta á Roma, donde llegó despues de no pocos azares con su pequeña flota lastimosa-

(1) El señor Rosell, en su Memoria sobre el combate naval de Lepanto, ha publicado la justificación de Juan Andrea Doria (Apéndice V.), copiada de un Códice de la Biblioteca Nacional, E. 52, folio 387, con lo cual quedan desvanecidos los cargos que en algunas historias italianas se leen contra esta conducta del jefe de la armada auxiliar española.

mente deteriorada. Mustafá dejó algunas tropas al mando de Muzaffez-Bajá para guarnecer á Nicosia, y pasó á cercar á Famagusta, enviando á los de la ciudad para intimarles la rendición en lugar de pliego la cabeza de Nicolás Dandolo. Aunque el general de la armada de Venecia logró introducir algun refuerzo en la plaza, las baterías que en una eminencia hizo colocar Mustafá anunciaban su resolución de no abandonar el sitio aun en la inclemencia y rigor del invierno. Aquella fué una de las últimas disposiciones del general Zanne, porque poco satisfecha la república de su comportamiento como gefe de la armada, nombró en su lugar al proveedor Sebastian Veniero, y por lugarteniente suyo á Agustin Barbarigo, hombre que gozaba reputacion de prudente y cuerdo.

Así las cosas, y sabedor el pontífice Pio V.º de que los venecianos en su apurada situación habían andado en tratos de paz con los turcos, hasta el punto de haber enviado á Constantinopla á Jacobo Razzagoni con ciertas proposiciones (en lo cual se veía bien cuán fundados iban los comisionados del rey de España en desconfiar de la constancia de aquellos repúblicos), envió á Venecia á Marco Antonio Colonna á fin de que inclinase al dux y al senado á la ratificación definitiva de la liga. Las concesiones que el papa les hizo de las gracias que habían solicitado, y la energía con que les habló el Colonna, junto con la mala acogida que halló en el sultan la embajada de Razzagoni, todo



contribuyó á determinarlos á abrazar la confederacion en los términos que antes se habia convenido. Pio V., á cuyo constante empeño y actividad se debía principalmente este resultado, hizo comparecer en público consistorio (25 de mayo, 1571) á todos los contratantes <sup>(1)</sup>, y leídas por el notario las capitulaciones de la liga, juró el primero el pontífice su observancia puestas las manos en el pecho, é hicieron los demas el mismo juramento sobre el misal, á lo cual siguió una solemne misa y procesion en la iglesia de San Pedro <sup>(2)</sup>.

Antes de esto, y sin duda tan pronto como el papa supo el consentimiento de Venecia, envió á España al cardenal Alejandrino, sobrino suyo, y uno de los cinco de las conferencias de Roma, el cual trajo á Felipe II. la concesion apostólica del Excusado y Cruzada y la confirmacion del Subsidio. Ente enviado llegó á Madrid el 14 de mayo, y despues de haberse aposentado en el convento de Atocha, hizo su entrada pública en la corte el 16, dia de la Ascension, con una pompa extraordinaria, acompañado del rey, de don Juan de Austria y de todo lo mas espléndido de la corte <sup>(3)</sup>. Despues de haber hablado con el rey, y

(1) Faltaba el cardenal Granvela, que se hallaba en Nápoles, nombrado virey en reemplazo de don Perafan de Ribera.

(2) Copia en latin del acta de ratificacion de la Liga, en la Biblioteca de la Academia de la Historia, Misc. de Villaumbrosa, to-

mo 36.—Crónica de Torres y Aguilera.—Vander Hammen, Historia de don Juan de Austria, libro III., y los demas autores citados en la nota cuarta.

(3) En el Archivo de Simancas, Estado, leg. 153, hemos visto las minutas del despacho que se dió á

terminada su comision, pasó el legado pontificio á Portugal, donde halló en el rey don Sebastian las mismas dificultades que habia puesto en el año anterior para entrar en la liga. No fueron mas felices las gestiones de Su Santidad con Maximiliano de Austria por medio del cardenal Comendon; y tampoco alcanzaron mejor éxito las invitaciones hechas al rey de Francia; de modo que la liga quedó concretada á sus primitivos signatarios.

Venecia fabricó y armó nuevas naves, con aquella rapidez en que ninguna nacion podia igualarla. Buscó arbitrios, vendió mas oficios y tierras, acudió á empréstitos, otorgó esenciones á los que se presentasen voluntariamente á servir en la guerra, concedió salvoconducto á los bandidos que se prestaran á ser galeotes ó soldados en la armada, y con los nuevos generales Veniero y Barbarigo enderezó su escuadra á Chipre á reforzar la que habia quedado en Corfú. Por su parte Selim habia reunido tambien una numerosa armada para enviarla igualmente á Chipre y ver de destruir la veneciana donde quiera que la hallase, y proteger á Mustafá que sitiaba á Famagusta. Despues de haber depuesto á Piali del cargo de bajá por no haber destruido en la anterior campaña la armada de Venecia <sup>(1)</sup>, nombró á Alí-Baja general de la ar-

don Fernande de Borja, comisionado para recibir al cardenal Alejandrino; y en Vander Hammen, libro III., puede verse el lujoso y magnifico ceremonial de su entrada en la corte.

(1) Fueron desgraciados los generales de la guerra de Chipre



mada, y dió á Pertew-Bajá el mando del ejército de tierra, los cuales partieron uno tras otro de Constantinopla en direccion de Chipre, y uniéronseles las escuadras del virey de Alejandria, del de Argel, Uluch Alí, del bey de Negroponto, y tambien se les incorporó con las suyas Hassem, el hijo de Barbaroja, de quien antes tantas veces hemos tenido que hablar. Contábanse entre todas doscientas cincuenta velas, con las cuales se trasladaron á Candia.

Tuvo la armada turca algunos sucesos prósperos en la costa de Dalmacia, y prevalido de ellos Uluch Alí se atrevió á penetrar en el golfo de Venecia, apresó algunas galeras, entró á saco algunas poblaciones, llevó el terror y la consternacion á la capital misma, que creyó llegada la hora de la desolacion, y se disponia á hacer una resistencia desesperada. Pero el corsario argelino no quiso exponerse á ser encerrado en el golfo, y contento con haber puesto espanto á la capital de la república, dió la vuelta hácia el Cáataro, donde le esperaba Alí-Bajá, para encaminarse juntos á Corfú, y adquirir noticias de la armada de la liga, y recibirlas tambien de Constantinopla.

de 1570. Acabamos de decir cómo fué castigado el almirante turco por lo que dejó de hacer. El de Venecia, Zanne, fué procesado tambien, y lleno de disgustos, murió á los dos años sin haberse podido justificar. Juan Andrea Doria fué censurado y calumniado, y tuvo que hacer una justificacion pú-

blica. El más afortunado fué Colonna, el de Su Santidad, y eso que volvió á Roma con menos de la mitad de su flota, y esa en deplorable estado.—Ademas, fué tambien decapitado en Constantinopla el bey de Chios, por su negligencia, y el de Rodas privado de llevar fanal en su nave.

Veamos ya lo que Mustafá adelantaba en el sitio de Famagusta, que no habia hecho sino entretener durante el invierno. Llegados los templados meses de abril y mayo (1571), y reunido un ejército cuya cifra no baja ningun historiador de ochenta mil hombres, con setenta y cuatro cañones, ademas de cuatro monstruosos basiliscos, comenzó á batir con furia los baluartes y torres de la plaza, y á abrir minas en varios puntos: todo lo cual hacía presagiar que la suerte de Famagusta no fuera menos desdichada que la de la infeliz Nicosia. Mandaba en ella como general Astor Baglioni; gobernaba la plaza y ciudadela Marco Antonio Bragadino; dirigia la artillería Juan Martinengo, que habia hecho su nombre ilustre en el sitio de Rodas por los nuevos medios de defensa que habia inventado. Las tropas de la guarnicion no pasaban de siete mil hombres, entre italianos y griegos. Ocho mil habitantes habian sido obligados á evacuar la ciudad para desembarazarla de bocas inútiles. Seis asaltos sufrieron los sitiados en dos meses y medio sin entibiarse su ardor. Los combates habian sido encarnizados y sangrientos. Cincuenta mil turcos habian quedado sepultados en sus fosos y entre las ruinas de sus muros: pero estos estaban allanados, agotados los mantenimientos, cas acabadas las municiones, los cuerpos exánimes de fatiga, la ciudad presentaba el aspecto del hambre y la desolacion, y reunidos á peticion de los infelices ciudadanos y por orden de Baglioni los capitanes en consejo, se



acordó, aun contra el dictámen de algunos, aceptar la capitulacion que ofrecia Mustafá. Las condiciones eran ventajosas; los sitiados podian salir libremente con seguro de sus vidas y haciendas, y se hacia la honra á los tres principales gefes de dejarles cinco cañones y quince caballos: los chipriotas serian embarcados á Candía en bageles turcos. La capitulacion se firmó el 2 de agosto (1571): en los tres dias siguientes fué evacuada la ciudad, y el 5 le fueron entregadas á Mustafá las llaves de la plaza<sup>(1)</sup>.

Habiendo manifestado el seraskier turco su deseo de conocer personalmente á los valerosos defensores de Famagusta, presentáronse una tarde en su tienda Bragadino, Baglioni, Martinengo y Quirini, marchando delante Bragadino, vestido de púrpura, bajo un quitasol encarnado. Recibiólos Mustafá amistosamente al parecer: mas luego mudó de aspecto y de tono, y reclamó entre otros rehenes al joyen Quirini: negóse los Bragadino con entereza y con palabras un tanto fuertes; irritóse Mustafá, y desatóse en injurias; Bragadino le contestó con dureza, tal vez con frases algo ofensivas, mostrándose inflexible en no consentir que se faltára á la capitulacion. Ciego con esto de cólera el bárbaro otomano, mandó degollar á todos los capitanes venecianos al tiempo que salian de su tienda. En cuanto á Bragadino..... la pluma se nos cae

(1) Parutta, Foglieta, Contarini, Gratiani, Vander Hammen, y los demas anteriormente citados, en sus respectivas obras.

de las manos al querer trazar las horribles inhumanidades que con él ejecutó aquel hombre infernal..... Pero es menester hacerlo, siquiera se nos angustie y oprima el corazon, para que se vea cuán inmenso beneficio iban á hacer á la humanidad los que se coligaban en nombre de la religion para destruir el poder de aquellos bárbaros.

Primeramente le hizo mutilar orejas y narices. A los diez dias de esto, sentado y sujeto á un banco atado al mástil de la galera del bey de Rodos, hizo que le zambulleran en el agua diferentes veces. Colgándole despues al cuello dos espuestas, le obligaba á acarrear tierra á los bastiones que se estaban reedificando. Cada vez que pasaba por delante del seraskier, tenia que humillar la cabeza hasta besar el suelo. Llevado por último á la plaza (17 de agosto), y amarrado al poste en que se azotaba á los esclavos (horroriza pensarlo), fué desollado vivo!!! El desdichado, en medio de tan acerbo tormento, recitaba con voz entera el salmo *Miserere*, hasta que entregó el espíritu al Dios que invocaba. No contento el feroz verdugo con tan horroroso suplicio é ignominiosa muerte, ordenó descuartizar el cuerpo de Bragadino, y clavar las cuatro partes á cuatro grandes baterías, que su piel rellena de heno fuera paseada por el campo y la ciudad, bajo el mismo quitasol encarnado que habia llevado la tarde que se presentó á Mustafá, y que su cabeza puesta en sal fuera clavada á la entena de una



galera. Finalmente, dispuso aquel mónstruo que esta cabeza, junto con las de Baglioni, Martinengo y Quirini, fueran custodiadas en una caja y llevadas y presentadas al sultan..... No sabemos cómo hemos tenido aliento para consignar actos de tan abominable crueldad y de tan refinada fiereza <sup>(1)</sup>.

Con la toma de Fágamusta quedaron los turcos dueños de Chipre. El papa Pio V., celoso é incansable promovedor de la liga, tuvo pronto dispuesto su pequeño ejército y su flota, y no cesó de instar á Felipe II. y excitarle á que obrára con mas eficacia y rapidez que hasta entonces. Don Juan de Austria, nombrado generalísimo de la liga, se hallaba en Madrid, como anunciamos en el anterior capítulo, desde el principio del año 1571, despues de haber subyugado los moriscos de la Alpujarra. Habiendo de acompañarle á Italia sus sobrinos los príncipes de Bohemia, Rodulfo y Ernesto, se difirió su viage hasta el 6 de junio. Aquel día, despues de recibidas instrucciones del rey su hermano, se despidió de él, y partió derecho á Guadalajara, Zaragoza y Barcelona, con su juvenil y fogosa imaginacion llena de pensamientos de gloria, aguijándole la esperanza de los

(1) Foglieta, de Sacro foderè página 253.—Contarini, pág. 31.—Sagredo, Memorie, pág. 393.—Calepio, Vera e fidelissima narrazione dell'espugnatione e defentione di Famagusta.—Antonio Cicogna, Inscrizioni veneciane.

valientes capitanes fueron con el tiempo llevados á Venecia, y colocados en el panteon de los grandes hombres de la república en la iglesia de San Juan y San Pablo.

triunfos que habian de acreditarle de digno hijo del gran emperador Carlos V., y con la confianza de engrandecer con su valor el poder y renombre de su hermano Felipe II.

En Barcelona, donde fué recibido y saludado con universal y extraordinario júbilo, le esperaban su secretario Juan de Soto y su lugarteniente del mar el comendador mayor de Castilla don Luis de Requesens. Allí hizo que concurrieran don Alvaro de Bazan, general de las galeras de Nápoles, que se hallaba en Cartagena; don Sancho de Leiva, que lo era de las de España y estaba en Mallorca; Gil de Andrade y otros capitanes de mar, con todos los cuales confirió sobre el objeto de la empresa. El 25 (junio) se le reunieron los príncipes sus sobrinos. Pasados algunos días en preparar la expedicion, embarcáronse al fin en los primeros días de julio los tercios de la infantería española al mando de don Lope de Figueroa y don Miguel de Moncada; hizolo despues don Sancho de Leiva con once galeras para ir corriendo y limpiando de corsarios las costas, y el mismo don Juan se hizo á la vela el 20, y arribó con próspero viento el 26 á Génova, donde ademas del dux y del senado de la Señoría acudieron á felicitarle casi todos los príncipes de Italia. Envió desde allí avisos á Venecia y á Roma, despachó á Nápoles á don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, para que hiciese los aprestos convenientes por aquella parte; despidió á



los príncipes de Bohemia que debían marchar á Milán, y con el príncipe de Parma Alejandro Farnesio se embarcó (5 de agosto) para Nápoles, donde fué recibido con general alegría el 9. Allí le entregó el cardenal Granvela por comision del papa con toda solemnidad el estandarte de la liga, como á generalísimo de ella; aquel estandarte sagrado, en que al pie de un Crucifijo bordado en damasco azul se veían las armas del pontífice, las del rey católico y las de Venecia enlazadas con una cadena, símbolo de la Santa Liga, y pendientes de ellas las de don Juan de Austria, el ejecutor del gran pensamiento de las naciones unidas. Detuvo el mal tiempo á don Juan en Nápoles hasta el 21, en que se dió á la vela, llegando felizmente el 25 á Mesina, punto de reunion de todas las fuerzas de los coligados. Los arcos triunfales, las columnas, inscripciones, colgaduras, músicas y salvas con que á su entrada fué saludado, y el inmenso concurso que henchía las calles de Mesina, demostraba el regocijo público y las esperanzas que se cifraban en el príncipe español. Aguardábanle allí ya Colonna y Veniero, con las flotas de Roma y de Venecia; y las galeras venecianas que faltaban, y las de Andrea Doria y el marqués de Santa Cruz, y las de Génova y Saboya, y las de Lomelin y Sauli, todas se hallaban incorporadas y reunidas el 5 de setiembre (1).

(1) Correspondencia de don Juan de Austria con don García

Entre grandes y pequeñas se contaban en aquella bahía mas de trescientas velas, y pasaban de ochenta mil las personas que habían de ocuparlas entre gente de pelea y de servicio. «Desde el imperio de Roma, dice oportunamente el autor de la Memoria citada, no habían sido aquellos mares teatro de espectáculo tan imponente; jamás habían pesado sobre sus ondas multitud tan copiosa de bageles, encaminados á un solo fin, movidos por una sola voluntad, ni puestos en demanda mas acepta á los ojos de la justicia, ni de mayor incentivo á los ánimos de los hombres.» Ciento sesenta y cuatro vasos, los mejores y mejor equipados que jamás se habían visto, representaban allí en primer término el poder del rey de España. Seguían doce galeras y seis fragatas del pontífice, y por último ciento treinta y cuatro bageles venecianos, poco menos mal armados y provistos que los de la expedición de 1570. Hecha muestra general de todas las fuerzas y su competente distribución, cuidando de interpolar con los venecianos algunas compañías de españoles, y estando ya para partir la armada,

de Toledo, sacada del archivo de la casa de Villafranca, é inserta en el tom. III. de la Colección de documentos inéditos.

En una de estas cartas, fecha 30 de agosto en Mesina, le decía don Juan de su propio puño á don García: «Quiero añadir el mal recado en que vienen venecianos: otro peor, que es no traer nin-

gun género de orden, antes cada galera tira por do le parece. »Vea vm. qué gentil cosa para su solicitud en que combatamos.»— Esto justifica plenamente las quejas que el año anterior había dado Juan Andrea Doria acerca del mal aparejo y del desorden de las naves venecianas